

## La pintura de Morela Avilán

Morela Avilán (Caracas, 1956) es una artista venezolana que cuenta ya con una trayectoria de más de veinticinco años. Se graduó como ingeniero civil y ha desarrollado una carrera destacada en esta profesión. Su amor a la literatura y a la poesía, su insistente estudio de la historia del arte, su gusto por la música, y su interés por la psicología profunda han ayudado a construir su compleja personalidad plástica, nutrida también por su persistente inclinación a lo oculto, al conocimiento del inconsciente y su asunción de la interioridad como dimensión trascendente del ser humano.

Asimismo, los viajes han marcado de modo determinante su sensibilidad, no sólo por la riqueza cultural y cognoscitiva que le han aportado, sino porque la han conectado con otras realidades desde una experiencia sensorial que se extiende hasta el ámbito espiritual. El enriquecimiento interior que le han aportado sus numerosos viajes ha propiciado en Avilán una cabal comprensión de las manifestaciones culturales y artísticas de cada región visitada. Al respecto la artista ha señalado: «Trato de construir una aproximación interior a cada ciudad que visito, atendiendo a su luz, su gente, su música, su culinaria, la poesía, la literatura, el aire, la flora, el idioma [...]. Esto me ha permitido entender mejor el trabajo de los artistas de esa zona. Para comprender a Rembrandt o a Vermeer, por ejemplo, hay que conocer Ámsterdam, Róterdam, ciudades misteriosas cuya bruma permanente propicia una particular incidencia de la luz que modula una calidad atmosférica casi irreal, y que podemos reconocer en los cuadros de estos maestros de la pintura. En mis viajes aprecio, por tanto, ese sustrato que va más allá de lo cultural y que es, por así decirlo, retiniano, olfativo, auditivo, táctil y también místico».

Desde sus comienzos como pintora, Avilán se inclinó por la abstracción lírica, lenguaje que por su libertad y fuerza expresiva le ha permitido formular con propiedad su particular visión del mundo, de la vida y del arte mismo. Para la artista el color ha sido un elemento de indagación permanente. En los comienzos de su carrera, e influenciada por sus estudios con el artista venezolano Víctor Hugo Irazábal, trabajaba el cromatismo desde una pulsión expresiva ligada a lo simbólico. Algunas piezas de su primera exposición individual, «Expresiones del signo» (como *Fogarada IV* o *Arca de*

*agua I*, ambas de 1999), muestran la vehemencia en la aplicación del color a través de pinceladas libres que, sin embargo, dejaban entrever algunas formas simples, cercanas a los signos primigenios. Ya en esta exhibición el lenguaje de Avilán desnuda su radical raigambre expresionista, dada no sólo por la profusión de colores y la mezcla de las formas-símbolos con las manchas de color, sino por la exuberancia del *impasto*. Y es que para Morela Avilán el color está indefectiblemente ligado a la materia pictórica; esto hace que en su obra el lienzo deje de ser un espacio para la representación y se convierta en un campo para la corporeización plástica propiamente dicha.

Durante principios de la década de 2000 la artista se debatió entre esta necesidad hondamente expresiva y definitivamente pictórica, y la construcción de algunas formas con referentes reales o simbólicos. Sin embargo, como se pudo observar en su exposición titulada “Zahorí” presentada en Caracas en 2007 –en piezas como *Zahorí I* y *La noche de los corales*, por ejemplo–, la vertiente lírica ligada al uso de colores vivos y contrastantes predominaba en la mayoría de sus trabajos de entonces.

### **Campos de color**

Será en 2015 con su muestra «Sonata en sol», cuando Avilán asuma de manera decidida un lenguaje basado en los campos de color. En cuadros de esta etapa, como los de la serie *Sin título V, VI, IX y XI*, las tonalidades aparecen conformando superficies que se expanden en una corriente vibratoria que las lleva a trascender los límites del lienzo. El color-materia cobra un gozoso protagonismo. Siguiendo la técnica de los maestros impresionistas y puntillistas, la artista aplica el pigmento por yuxtaposición, juntando los colores en el lienzo y no mediante una mezcla previa realizada en la paleta. Esto lleva a que las tonalidades surjan a nivel retiniano y que la obra se «complete» al ser vista, involucrando un aspecto más dinámico de la percepción. El cuadro se convierte, entonces, en un tejido de superficie vibrátil y cambiante. Por ello las pinturas de esta etapa cobran un sentido ascendente, un movimiento expansivo semejante a un oleaje. A pesar de que estas piezas son absolutamente abstractas, el juego de colores y la técnica usada para mezclarlos, remiten a la tradición impresionista ampliamente popularizada. La vibrátil representación del paisaje y de las formas naturales propia de esta escuela pictórica, viene a la memoria al observar estas obras, que se nos figuran fragmentos de un cuadro de esa tendencia. De hecho, la artista las concibió como representaciones de campos floridos vistos desde un vuelo rasante. Este enfoque que magnifica un modo de aplicación de la materia-que-pinta, estimula la memoria visual nutrida con datos de la historia del arte, llevando lo pictórico al estamento de una gramática estilística.

## Pinturas solares

En su más reciente serie, «Solar», Morela Avilán nos sorprende con piezas de formato cuadrado, rectangular y circular en las que ha utilizado un solo color: el amarillo. En ellas, el pigmento es aplicado mediante toques de pincel de diferente grosor, superponiendo varias capas en las que la artista combina diversos matices y tonalidades. Cada obra posee una mezcla particular que va apareciendo a medida que el cuadro que se ejecuta y que otorga a cada uno un carácter singular.

La monocromía es una profundización radical en el color que busca enfatizar sus enormes posibilidades expresivas, sumergiendo al espectador en un campo cromático total, sin asideros temáticos o formales. «En la monocromía –nos señala Avilán– el color adquiere una presencia absoluta y se convierte en la materialización de la sensibilidad».

Los procedimientos utilizados para realizar estas obras –derivados de la yuxtaposición «impresionista» de las series anteriores, pero desprovistos de la carga matérica en el *impasto*– buscan instaurar un campo sutilmente vibratorio que actúe como terrero plástico para asentar un imaginario de los *quanta*, pequeñas partículas de energía que forman la luz, según los postulados de la teoría cuántica.

Avilán busca trasponer en la tela esos pequeños puntos suspendidos de luminosidad, yuxtaponiendo diversos tonos de amarillo para crear profundidad y agitación. La superposición de varias capas de toques de pintura le permite crear estos densos campos de color y formar atmósferas iridiscentes, semejantes a las que se observan en las imágenes de la superficie solar tomadas por telescopios de alta potencia.

El tema solar en Avilán actualiza un sinnúmero de connotaciones sensibles. La artista se conecta con la luminosidad alegre del Caribe –zona geográfica en la que ha trascendido su vida– no sólo desde sus imágenes paradisíacas y alegres, sino atendiendo a hondos significados místicos resguardados por las religiones de ascendencia africana que se practican en las naciones de toda la cuenca y que Avilán ha investigado por años.

Más ampliamente, estas «pinturas solares» han sido un campo propicio para plasmar las preocupaciones místicas que han sido constantes en la búsqueda espiritual personal de la artista, y que la han llevado a estudiar religiones, escuelas místicas y, más recientemente, las filosofías

espirituales de culturas antiguas, incluyendo las que se desarrollaron en lo que hoy es el continente americano.

Las antiguas religiones y doctrinas místicas tienen puntos de conexión con los descubrimientos relativos al campo cuántico. Los experimentos en esta área han demostrado que en el nivel de las partículas elementales de la materia, todo es energía, por lo que la materia vendría siendo, por así decirlo, luz condensada. Asimismo, bajo el principio de la dualidad onda-partícula de la dinámica cuántica, el observador forma parte de la realidad e incide sobre ella. Por ello, a niveles cuánticos, la conciencia es parte integrante de la realidad. Al igual que en las doctrinas místicas, la realidad cuántica no es objetiva, ya que la conciencia co-crea lo que observamos. El universo es, entonces, un ente vivo, un todo vibrátil e interconectado de energía pura y consciente<sup>1</sup>.

Las «pinturas solares» de Morela Avilán aparecen como imágenes de este campo de energía y luminosidad que es, al mismo tiempo, interior y macrocósmico. La radical síntesis cromática que se evidencia en la serie «Solar» le ha permitido explorar ampliamente las potencialidades connotativas del color, que actúa aquí como pivote simbólico de un sinnúmero de relaciones con contenidos mitológicos, ritualísticos, religiosos y espirituales.

En estas «pinturas solares» cobra relevancia esta relación simbólico-plástica entre la existencia del ser humano y la experiencia cósmica y trascendente del existir, lo que le sirve a la artista como medio para articular un universo creativo pleno de interrogantes sobre Dios, el ser, la vida, la muerte, la nada y el infinito.

Katherine Chacón  
Curador  
Febrero 2018

---

<sup>1</sup> Cf. HUNTER, Brad. (s/f) «Física cuántica: reconciliando ciencia y espiritualidad» [Entrada de blog] en *Liberación AHORA* (Blog). Recuperado de: <https://liberacionahora.wordpress.com/informacion-alternativa-y-nuevos-paradigmas/unicidad/fisica-cuantica-reconciliando-ciencia-y-espiritualidad/>